



*"Un Mimo viene creciendo conmigo desde la niñez y  
remeda mis movimientos; ese soy yo; el otro"*  
Jan Parteso

# EL MIMO SEPIA

## NARRAR LA CIUDAD

(Una aproximación a la Avenida Segunda, por Bellas Artes)

JAVIER TAFUR G.\*

Venía de la Plaza de Cayzedo por la calle 12, y al descender las gradas del puente sobre la Avenida Colombia, un mimo se me hizo al lado: tenía la cara pintada de blanco, un ojo abierto y alegre, y el otro triste con una lágrima inestable en el alma; el mimo era joven pero llevaba un viejo y raído frack, de lo desteñido que estaba -casi sepia-, y su infaltable sombrero de Charlot.

El Mimo comenzó a remedar mi manera de caminar, la forma como llevaba mis libros, con una leve cojera hacia el lado izquierdo, que me llamó la atención. ¿Era él o era yo el que caminaba así? Me volteé y lo imité, y así, en este juego, seguimos atravesando el Paseo Bolívar, para buscar los andenes de la orilla del río, bajo la sombra de las palmeras. Serían las 3 de la tarde.

Preferí continuar por el antiguo Club de Tenis, (¿Qué se hizo el Club?), pasar el puente que creo, llamaban de la Cervecería, (¿y la cervecería de antaño, dónde está?), hasta llegar al Puente de La Estaca; así salí a la avenida segunda, junto a la loma, y el Mimo seguía conmigo; a veces él, adelante; a veces él, atrás...

Avanzando hacia El Conservatorio noté que todavía había cadmias con sus verdes-amarillos manojos estrellados, y me fue grato recordar esa misma cuadra, cuando yo era niño, y mis padres nos habían llevado a misa de 9 de la mañana, un domingo, a la iglesia del Sagrado Corazón. Yo tendría 5 años, y el Mimo también era chiquito; mis hermanas tenían lindos vestidos amplios y largos, y sombreros de cintas delicadas, y mis padres se detenían a saludar

V Simposio Pensar a Cali. "Estéticas urbanas". Instituto Departamental de Bellas Artes, 3 de Octubre de 2003.

\*Abogado de la U. Santiago de Cali. Antropólogo de la U. de París. Lingüista de la U. del Valle. Autor de obras como: Jovita o la biografía de las ilusiones, Piel de tierra, Alúa, Travesuras y silencios, entre otros.

ceremoniosamente a las personas mayores, a conocidos y vecinos. Era un poco aburrido porque tantos saludos y paradas demoraban el regreso a casa. Numerosas hojas estaban en el suelo, y el ambiente matinal era fresco y agradable, en aquel tiempo.

Nosotros vivíamos en El Peñón, y para pasar al barrio El Centenario, debíamos cruzar el Puente de La Estaca; allí el Río Cali se estrecha y hunde, y abajo se ven las grandes piedras. Las pérgolas y las barandas que bordean el río desde el Museo la Tertulia (donde antes quedaba el Charco del Burro, y la avenida Colombia terminaba en el Obelisco), hasta La Ermita, ya estaban; eran blancas y le daban al sector, y a la ciudad, ese sello propio que la ha caracterizado, desde los tiempos del Cali Viejo, según cuentan los mayores.

—“Usted es uno de ellos” —se entrometió el Mimo.

— Es verdad. Lo miré y me vi con mis “... y tantos años”.

Sentí eso que llaman el síndrome de la verdad absoluta; que “lo único que uno tiene es que morir, y lo demás, tal vez ocurra”. Se me tensó la cara, pero enseguida se me distendieron los músculos, y vi al Mimo, tendría unos 10 años; llevaba jean negro de “Ropa El Roble”, y la camisa por fuera, miraba las caídas del agua por unos saltos que le habían hecho, a manera de suave represa sobre su cauce, y que adornaban el paso por el lugar, en cuyas orillas habían sembrado matas de bambú. Era misterioso ver fluir el agua interminablemente; “¿De dónde vendría? ¿Qué es el agua?” —me preguntaba. “¿Por qué viene de arriba, siempre bajando?”; y, “¿por qué no se acaba, si no llueve...?”

Mientras seguía hacia El Conservatorio vi al niño-mimo entrar al Colegio Berchmans; lo vi entrar con temor; lo vi entrar y salir con amigos; lo vi correr en

un patio de suelo de ladrillo; lo vi haciendo fila para ir a misa, jugar fútbol, trompo, bolas, correr, sudar, pelear, comer manga biche; lo vi estudiar, hacer chancuco, confesarse, reír, llorar, compararse; lo vi haciendo “velas”, columpiándose en el trapecio. Me pareció ver al niño-mimo vestido de boy scout, con su morral y todo, un día sábado, equivocado, en que tenía muchas ganas de salir en excursión, pero ésta no había sido programada...; o verlo cantar en el coro, regresar solo a la capilla y mirar detenidamente a la Virgen con los 3 pastorcitos y a las ovejitas; lo vi con un cuaderno de versos y pidiéndole a un condiscípulo que le hiciera letras bonitas, en forma de ramas y hojas de los árboles, por lo mucho que amaba la finca. Vi como el mimo me siguió a la casa de un compañero de colegio, un día en que nos volamos de la misa de 9 de la mañana, para ir a jugar ping-pong, al edificio que queda al frente de Bellas Artes.

Bellas Artes era El Parnaso, lugar encantado, con gente grande y especial que tenía que ver con los pensamientos, la desnudez, los colores, las formas, el viento, los sonidos, la música, las palabras, y producía unas atractivas e interesantes sensaciones. La palabra clave era “Plectro”, inspiración, goce, la parte instintiva y lúdica del impulso vital de la especie.

Un día salí del colegio —el mimo me siguió—; me asomé a al sala de teatro del Conservatorio Antonio María Valencia, y vi a Enrique Buenaventura que recitaba un poema de Shakespeare, cuyos versos finales decían: “En fin, bien se que soy un hombre; cosa orgullosa y cosa lastimera”. El Mimo se inclinó por encima de mi hombro y me vio escribir la frase en mi cuaderno de notas; en este mismo. Yo lo miré a él. Ya yo tendría unos diez y seis años y a la salida del colegio me quedé mirando a los artistas de Bellas Artes, a Helios Fernández, a Aída, a Liber, a Iván Barlaham Montoya, a Danilo Tenorio, a todo el grupo con sus

movimientos y ademanes tan distintos a los de los demás; y, más al fondo, a los maestros de pintura y cerámica, a las modelos desnudas y bellas... Ya el Mimo me ayudaba a buscar los libros de la biblioteca: Cervantes, de nuevo Shakespeare, Sófocles, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, Silva, José Eustasio Rivera, Isaacs, Villafaña, Llanos, Herman Hesse, Estefan Sweig.

Al frente del Instituto Departamental de Bellas Artes vivía un Duende en un garaje, como un enanito de Blancanieves, lleno de muebles, objetos, esculturas, cuadros, gatos, afiches, cuadernos, libros de arte, dibujos, pinceles, y de colores. El Mimo me lo presentó: era Hernando Tejada.

Los actores pelearon, en el escenario del Instituto expusieron sus motivos, interpretaron su “Acto de fe y de sueños”, que algunos llamaban ideales, otros ideología, y otros compromiso, y salieron de allí con sus parlamentos a otra parte, dejando los decorados en el edificio, y las palabras metidas hasta en los agujeros de las paredes. Se fueron al Tec, donde algunos viven todavía. Por los lados del Teatro Municipal y la antigua Universidad Santiago de Cali, donde hoy queda Proartes, en la calle 7ª, que los mayores conocían como Calle del General Cabal.

Sentado en las gradas del Instituto el Mimo vio pasar a los muchachos que salían del Berchmans a las 12 del día, conversando; en uno de esos grupos iban Germán Villegas Villegas, Fernando Cruz Kronfly, Alvaro Escobar Navia; iban con sus libros hacia el horizonte del tiempo donde se curva la tierra.

El Mimo mostró curiosidad cuando me vio con un antropólogo, menudo, barbado y de gafas, que usaba sandalias. Era Jorge Ucrós que había llegado de Lovaina, por la época de Mayo del 68. El café que

hizo Jorge fue muy agradable, y la conversación, guiada por Alvaro Escobar, se refería a los problemas nacionales de justicia social, y la participación de la Universidad en procura de aportar a su solución.

Me subí a un bus de la empresa Papagayo, y el Mimo también; pasé por la registradora, y la oí sonar cuando el Mimo la empujó. Yo me senté en la penúltima banca, en la hilera izquierda, y el Mimo se sentó atrás, en la última banca, en la larga, y enseguida entró Jovita.

Veamos a continuación un fragmento del libro *Jovita o la Biografía de las Ilusiones*, correspondiente al Capítulo “Una Reina en Apuros”:

“Con sus prisas, sus citas, afanes, su cartera encontrada, la digestión empezando, su adiós a los mechudos queridos, a su hermana, a sus sobrinos y a sus primos, fue saliendo la andarina callejera con su vestido blanco de lunares negros, de mangas largas, sandalias bajitas, a sus recintos abiertos. Casi se iba alcanzando a sí misma, pero no, ella siempre iba adelante en una parte suya, porque era dividida de ansiedades y de sombras; por delante, le pisaba el talón a sus ilusiones, por detrás, le pisaban sus talones los recuerdos de cinco minutos atrás. La perspectiva de la calle eran sus sueños, los grandes proyectos, horizontes abiertos de paisajes azules soleados, vallecaucanos y ella vestida de un tono humilde e imperial que envidiaría a la Reina de Inglaterra, colosa de tanta libertad, de imaginación tan fértil, porque a pesar de todo la Reina Isabel tal vez tendrá sus debilidades románticas, sus nostalgias de civil.

Sin rumbo fijo, cogió el primer bus de cualquier ruta que intuyó pasaba por el centro de la ciudad – porque intuición le sobraba para suponer el sentido común de sus súbditos, como el de los acontecimientos trascendentales de su Sultana-. En el bus venían siete



Obra: "Las convulsiones" Foto: Gustavo Muñoz V.

16

u ocho personas. Extrañada de que el chofer le cobrase, reaccionó bruscamente, le reprochó altanera su ignorancia y sin mayor reparo a su decisión fue alzando su pierna derecha para saltarse la registradora de un solo vuelo, con tan mala suerte que La Reina en sus apuros se enredó en la falda y cayó patas arriba, en un espectáculo para los viajeros tan grotesco como lastimero; porque no deja ser sensible que una mujer mayor, con sus aires de Majestad, la pase tan mal por cinco centavos que no tiene, porque aunque nada le falta, de todo carece. Pero ella no se inmutó; se reincorporó y ante la atónita perplejidad del conductor, fue a buscar puesto en los asientos traseros, limpiándose el vestido e indignada de la circunstancia que le causó el chofer. El bus Papagayo siguió en sus arranques y paradas. Diez cuadras más allá ya no tenía puesto libre y los que llegaban se quedaban de pie. Un gallo del techo decía con lógica abrumadora: "Córrase atrás"; otro: "Timbre una vez y listo a la salida". El bus estaba lleno de calcomanías: "Dichoso Adán que no tuvo suegra". El mecánico, que revisando el

Volkswagen de una despampanante representante de las exuberancias del sexo femenino, comenta, encantado del impase al ver que empieza a lloviznar: "Con esta repisa, que llueve todo el día"; "No pida zanahoria, pida Chik y Tico". Otros moralistas: "Hoy por ti, mañana por mí"; "Tan solo el amor salvaría al mundo; todavía no estamos perdidos"; "Aquí se raja de todo el mundo; pero no se le sostiene a nadie..."; reproducciones del Divino Rostro, de la Virgen del Carmen, de San Cristóbal, San Jorge, de las reinas de belleza, boxeadores, futbolistas, junto a los infaltables: "Cali me encanta", "No pite, no joda", "Pluto es hijo de Pluto"...que de no ir Jovita extraviada de la ira, la habrían hecho censurar la vulgaridad de esa mezcla espontánea del sentir popular, cual "collage" de zapatería.

Se levanta un señor y una mujer coge el puesto. Se queda de pie por un momento esperando se enfríe, pone la cartera y sobre ella, oronda, se sienta.

Treinta cuerdas después en el bus ya no había nadie y la calcomanía de tal, “Córrase atrás”, no era más que un completo absurdo; ya no había cupo y en cada parada subían diez. Nadie protestaba. ¿Acaso se viaja por placer?. “Manejá con cuidado!” le gritó al conductor, no se supo quien y el chofer paró desafiante. Nadie repitió nada.

Pero manejaba de vértigo; la gente se iba para adelante, para atrás. Si se llegasen a soltar se irían sobre los otros y con una sonrisa justificarían la connatural promiscuidad urbana. Se buscaba la proximidad de las muchachas bonitas, de las hembras prominentes y con ellas se rozaban, con ellas miraban, a ellas se las deseaba. Y el calor erotizaba el viaje, como las calcomanías, como las propias costumbres. A todos les pasaba lo mismo. Los pequeños ponían en peligro la vida ante el peso de los mayores. Se sudaba. Se aguantaba. Que no se caigan los paquetes, la remesa, los bultos, los libros, la caja; que no se le zafen los niños. Y las embarazadas no eran madres encintas, sino mujeres gordas que ocupaban más sitio. Ancianos, inválidos y lisiados se defendían como podían. Ojo al reloj, a la plata. Nadie daba un puesto por cortesía y si lo daba era un pendejo, menos si la beneficiada era querida y quedaba al lado para aprovechar el favor, mirarle el escote, encontrarle los senos, deslizar la vista y desvestirse con la misma codicia de todos.

Y la Reina Jovita se desenvolvía de lo mejor: pidió permiso, se escurrió a la puerta, timbró y cayó a la calle desde la increíble altura del trampolín de las gradas del bus. Siguió tranquila, de paso rápido, metida en lo suyo, hacía las oficinas de Occidente...”

—“¿Por qué escribió sobre ella?” —me preguntó el Mimo; y yo le contesté: “Para hablar de la ciudad; para hablar del lugar donde nací, y crecí, donde vivimos; para recordar a mis padres, a sus amigos, a mis amigos,

a mi triciclo. Así recupero, vuelvo a saborear la aguapanela con limoncillo, a comer manjarblanco, a jugar bolas, escondido”.

—“No, en serio. ¿Por qué escribió sobre Jovita?” —me inquirió. Yo le respondí: “Porque la gente la quería; porque fue una mujer muy bella, en el sentido de que fue valiente; ciertamente una mujer extraordinaria, que hacía de las cosas mínimas, grandes causas; que no se dejaba trazar los límites con los cuales los demás quieren someter a los otros a la esclavitud, al uso, a la servidumbre. Ella encarnaba la libertad quijotesca, con su locura, la misma que la ciudad admiraba para sublimarse en ella, como sucedió a la hora de su entierro, el más numeroso y concurrido de todos los tiempos en esta ciudad”

El Mimo sonrió. Quise hacerle otras precisiones, y le dije: “Pero también he escrito otras novelas urbanas y otros cuentos, para describir, sin nombrarlo siquiera, los efectos de un secuestro. Respecto de esta motivación deseo comentarle el hecho que movió mi sensibilidad y mi mano para escribir mi novela “Lalo Salazar”. Fue que secuestraron una amiga de mi madre, de más de 80 años, y ella murió. La secuestró el mayordomo de su finca. La enterraron en un cañaduzal. Y ella tenía hijos, nueras, yernos, nietos, amigos; y, como se expanden los círculos que hace la caída de una piedra en la superficie del agua, así me propuse narrar las consecuencias de ese horroroso crimen, resaltando los efectos que produjo en la vida familiar, a través de la historia de un muchacho de 13 años. Es que nada es intrascendente en este mundo; hasta el germinar de un grano de trigo modifica el universo. La depresión de la hija, la intranquilidad del padre, los detectives, los abogados, la denuncia, los fiscales, los jueces, etc; y al muchacho que no lo dejan salir a jugar, y él que se escapa...; las llamadas extorsivas, el miedo, el pánico, la “sicosiada”, como se dice”.

Mimo, quiero decirte lo que pienso; que hablando de la ciudad hablamos de “eso otro”, que esta afuera, pero que misteriosamente llevamos dentro. Incluso cuando ya no existe, sin embargo permanece en el recuerdo. A mi querido colegio lo vendieron, lo tumbaron, pero no tumbaron los recuerdos. Y dije: “El colegio existirá en mi memoria, mientras viva”. Esta es una frase de cajón, pero creo que es cierta. O como dicen los franceses, “vivirá en mi corazón”; que es la expresión que ellos tienen para decir la memoria, “par coeur”. Y es así, porque, como se suele decir, “la permanencia de los muertos depende de la existencia de los vivos”. Esto es algo distinto a la nostalgia; es la certeza de que somos perecederos, un poco de barro angustiado entre la piel...

El Mimo se puso triste.

Yo le dije: Mimo, el garaje donde vivía el Duende lo demolieron, y allí construyeron el edificio que está al frente de Bellas Artes. Ya el Duende murió, pero en mi recuerdo están, patenticas, todas esas imágenes de “ese afuera”, que llevo por dentro, y más aun, que me hacen y me constituyen, como los elementos químicos que tomo en los alimentos. La ciudad está en mí y se confunde con mi propia identidad, como un reflejo que deja su impronta por dentro; no que resbala en un espejo. Los recuerdos se parecen a la antigua escritura cuneiforme, en la que con un instrumento incisivo, con un estilete, se hacían las inscripciones en el barro; así que dan las impresiones vividas en todo nuestro cuerpo, interno y externo, desde los hemisferios cerebrales a las terminaciones nerviosas de la piel.

– Mimo, ¿dónde se va quedando la ciudad, con sus vivos y sus muertos, sino en el corazón?

El Mimo no me contestó.

Cuando iba para mi grado de bachiller, el Mimo nos siguió. Salí contento aquel día. Ese día el Mimo no me imitó a mí, sino a mi enfermo padre, que llevaba de la mano a mi madre; mi padre, que era muy serio y se contrariaba con las salidas inoportunas de la gente, ese día tuvo una sonrisa muy bella, un resplandor que aun alumbraba y entenece mi alma. El Mimo tomó a mi madre del brazo, y ella continuó con él; con su fino vestido negro y su collar cayendo sobre su pecho; elegante, con su peinado de moña, y la mirada hacia delante. Así entraron mis padres a la cancha de basket, donde llevaban a cabo las ceremonias de graduación de bachilleres en el colegio.

Las calles de nuestra ciudad recogen nuestros momentos y no son testigos mudos; hablan con su manera de hablar y de hacerse entender, que es la de ser referentes del alma de la gente, pues, “*en ese afuera que llevamos dentro*”, transcurre la vida, que también hace la ciudad. Finalmente tenemos – habitantes y ciudad-, una implicación recíproca: somos por la ciudad y la ciudad es por nosotros; sucedemos en la simultaneidad de la fluidez inestable del ser, en el tiempo y en el espacio. Somos y nos construimos individual y colectivamente; somos cuerpo, casa, ciudad. Es admirable ver como crece una hierbecilla en la ranura de una autopista; y crece y florece. Esta misma fuerza quiero tener hacia la vida, en medio de la atropellada fuerza cambiante que lo transforma todo.

Cada día construimos el lugar que habitamos –es la poética del espacio-, la vereda, el pueblo, son los escenarios de la vida humana en interferencia de roles, llenos de necesidades, de apetencias y de sueños, mientras dura el papel asumido en esa breve función de la vida. No es propiamente una metáfora, es la realidad. La distinción entre “rol social” y “rol teatral”, se supera, en mi concepto, por su propio consistir actoral y representativo. El rol teatral es

reafirmación del rol social, pero el rol teatral es, igualmente, rol social con una función específica; ¿dónde está la ruptura, si los dos se subsumen en su esencia representativa?. El ser humano actúa, como persona, con su máscara, con su rostro, con sus necesidades, motivaciones, sueños, nostalgias, apetencias (en el teatro que es vida, en la vida que es teatro), y su escenario son los lugares por donde va recorriendo: cuerpo, habitación, casa, pasillo, calle, corredor, camino, sobre la esponja que es la tierra, girando en el sistema solar, la galaxia, los universos posibles e incomprensibles, donde somos como individuos, como familia, especie, mamíferos, vida, misterio, Tao.

Lo mismo ocurre con la poesía, el cuento. Me es imposible diferenciar la poesía, de un saludo, de un piropo, de una nota de diario, de un telegrama, de un haikú, de la anécdota, de un minicuento, de un dicho, un refrán, una sentencia.

Al conservatorio lo reformaron, lo vi mientras lo reformaban, y cuando lo terminaron. Todos estos pasos los llevo dentro. Dicté una conferencia sobre Villafañe en la Sala de Música de Cámara, y le escuché una audición a mi hija quien, cuando chiquita, se entretenía con las teclas del piano y alguna partitura (Musette, de Bach), que la animaba. Ya adolescente estuvo en algunos talleres de danza y de teatro. Una vez que salía le tocó ver cómo en la noche, la luz, que caía desde un bombillo en un poste del alumbrado municipal, descubría el dorado pendiente de una joven, y cómo los vagos se lo robaban. Todo ocurriendo por la avenida segunda con calle séptima.

Ya el Mimo se cansó de tanto recuerdo, y tal un Rodín, se puso a llamar la atención, como cualquier reproducción del Pensador, en la placita que los estudiantes llaman El Cenicero.



Obra: "Las convulsiones" Foto: Perucho Mejía